

LIBRO V.

EL CODIGO CRISTIANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

JESUCRISTO ERA DIOS.

La divinidad de nuestro Señor Jesucristo se halla atestiguada casi en todos los capítulos de los cuatro Evangelios, y mas particularmente en el del Apóstol San Juan : pero aquí se han insertado solo aquellos testimonios mas claros, mas espresivos y terminantes, en los que no hay duda alguna sobre su significacion. Así mismo se han preservado en estos testos las mismas palabras de la Santa Biblia; añadiendo ó variando solamente algunas preposiciones ó pronombres, para la conexion de algunos versos separados. Algunas veces se han juntado partes de dos ó mas versos, para completar una sentencia, aunque solo se cite una, como la mas principal. Estos testimonios respecto á la divinidad de Jesucristo fuéron dados, ya por el cielo, ya por el mismo Jesucristo, y por sus discípulos, y hasta por el demonio mismo; por tanto será conveniente dividirlos en dos artículos para mayor claridad.

Divinidad de Jesucristo revelada al mundo.

El Espíritu Santo vendrá sobre tí, dijo el Angel á María, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Lucas I. 35.

No temais : dijo el Angel á los pastores, porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo : Que hoy os es nacido el Salvador, que es Cristo Señor, en la ciudad de David. Luc. II. 10.

Juan el Bautista dió testimonio diciendo : Yo vi al Espíritu Santo descender del Cielo en forma corporal, como paloma, y reposó sobre él. Al mismo tiempo se oyó una voz del Cielo que decia : Tú eres mi Hijo el amado, en tí me he complacido. Yo le ví, y dí testimonio : Este es el Hijo de Dios. Juan I. 34

En la transfiguracion del Señor, se oyó una voz del Cielo que decia : Este es mi Hijo el amado, en quien yo me he complacido mucho; oidle. Mateo XVII. 5.

Turbada el alma de Jesus exclamó : Padre, sálvame de esta hora : Padre, glorifica tu nombre. Entónces vino una voz del Cielo, que dijo : Ya le he glorificado, y otra vez le glorificaré. Juan XII. 28.

Padre, glorificame tú en tí mismo con aquella gloria, que tuve en tí, ántes de la creacion del mundo. XVII. 5.

Yo soy la luz del mundo : y aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero : por-

que sé de donde vine, y adonde voy. Yo no juzgo á ninguno, y si juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy solo, mas yo y el Padre que me envió. No me conocéis á mí, ni á mi Padre: si me conociérais á mí, en verdad conociérais á mi Padre. Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica: el que vosotros decís, que es vuestro Dios. Si Dios fuese vuestro Padre ciertamente me amaríais: porque yo de Dios salí y vine; y no de mí mismo. Juan VIII.

Ninguno subió al Cielo, dijo Jesus, sino el que descendió del Cielo. Y todo el que crea en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió su Hijo Unigénito para que todo aquel que crea en él no perezca, mas tendrá vida eterna. Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. Quien cree en él no es juzgado; mas el que no cree ya ha sido juzgado; porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Juan III. 13.

Porque así como el Padre resucita los muertos, y les da vida, así el Hijo da vida á los que quiere. Y el Padre no juzga á ninguno: mas todo el Juicio ha dado al Hijo; para que todos honren al Hijo, como honran al Padre: y quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. La hora viene en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que la oyeron vivirán; porque así como el Padre tiene vida en sí mis-

mo, así tambien dió al Hijo el tener vida en sí mismo. V. 21.

Yo sé, dijo la Samaritana á Jesus, que viene el que se llama Cristo; cuando viniere, nos enseñará todas las cosas. Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo. IV. 26.

Mi padre, dijo Jesus á los Judíos, os da el pan verdadero del Cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del Cielo, y da vida al mundo: yo soy el pan de la vida, que descendí del Cielo para hacer la voluntad de aquel que me envió; y la voluntad de mi Padre es esta: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna. VI. 33.

¿Crees tú en el Hijo de Dios? preguntó Jesus al ciego que habia recobrado la vista. ¿Quién es, Señor, para que crea eu él? respondió. Ya le has visto, dijo Jesus, el que habia contigo, ese mismo es. IX. 37.

Yo y el Padre somos una misma cosa. Vosotros decís que blasfemo, porque he dicho que soy el Hijo de Dios. Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque á mí no me queráis creer, creed á las obras; para que conozcais, y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Todo lo que hace el Padre, lo hace el Hijo igualmente. X.

Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí. Si vosotros me conociérais, tambien conociérais al Padre. El que me ha visto á mí, ha visto á mi Padre. ¿No crees tú, Felipe, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: el Padre

que habita en mí, hace las obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? si no, creedme en virtud de las obras que yo hago. Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré; para que sea el Padre glorificado en el Hijo. XIV.

Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas; mas os anunciaré claramente de mi Padre. El mismo Padre os ama, porque vosotros me amásteis, y habeis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. XVI. 27.

Si tú eres el Cristo, preguntáron los Sacerdotes, dínoslo. Jesus les respondió: Si os lo dijere, no me creeréis: y si os preguntare, no me responderéis, ni me dejaréis. Mas desde ahora, el Hijo del Hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios. ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? dijéron todos. Jesus respondió: Vosotros decís que yo lo soy. Lucas XXII. 66.

Retrate, dijo Jesus á Satanas, escrito está: No tentarás al Señor tu Dios. Mat. IV. 7.

Mi Padre puso en mis manos todas las cosas. Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre: ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarle. XI. 27.

Divinidad de Jesucristo confesada por los hombres.

La divinidad de Jesucristo fué confesada por sus discípulos, particularmente por aquellos mas amados,

los que tuvieron el don de conocer mas intuitivamente el carácter divino de su Maestro. El pueblo mismo, maravillado al ver tantos y tan asombrosos prodigios, confesaban por un movimiento involuntario, que Jesus era el eterno Hijo de Dios. Hasta los demonios sentían el infinito poder del Salvador; y llenos de confusión y temor, le llamaban Dios.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fué hecho se hizo sin él. El Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan I.

Nosotros le vimos, y damos testimonio, que el Padre envió al mundo á su Unigénito Hijo, para que vivamos en él; y cualquiera que confesare, que Jesus es el Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios. Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa. Juan I. Epist. V. 7.

Jesucristo es el verdadero Dios, el Hijo de Dios, á quien sus discípulos adoraron mientras vivía con ellos en el mundo, y despues que ascendió al cielo; cuando el Padre le glorificó con aquella gloria que tenía en él, ántes que fueran criadas todas las cosas. Lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos, y palpáron nuestras manos del Verbo de la vida, que nos fué manifestado, y nos apareció á nosotros, os lo anunciamos para que vosotros tengais tambien comunión con nosotros; y que nuestra comu-

nion sea con el Padre, y con Jesucristo su Hijo.
I. Ep. I.

Atónito el pueblo con los prodigios de Jesucristo, unos le llamaban el Bautista, otros Elias ó algun gran Profeta. Jesus preguntó á sus Apóstoles. ¿Y vosotros quién decis que soy yo? Pedro respondió y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Mat. XVI. 16.

Yo soy la resurreccion y la vida, dijo Jesus á Marta, el que cree en mí vivirá aunque hubiere muerto: el que vive y cree en mí no morirá jamas. ¿Crees esto? Sí Señor, respondió ella, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, que has venido al mundo. Juan XI. 27.

La primera vez que Nataniel vió y oyó á Jesus, exclamó: Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. I. 49.

Por la sangre de Jesucristo tenemos la redencion, la remision de los pecados. El es imágen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura; porque en él fuéron criadas todas las cosas, que hay en los cielos y en la tierra: las visibles é invisibles, ahora sean Tronos ó Dominaciones, Principados ó Potestades: todas fuéron criadas por él mismo y en él mismo. Jesucristo es Dios ante todas las cosas, y todas subsisten por él. San Pablo, Col. I. 4.

Grande es á todas luces el sacramento de la piedad, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de los Angeles, ha sido predicado á los Gentiles, ha sido recibido en gloria. S. Pab. I. Tim. III. 16.

Siempre que los espíritus inmundos le veían, se postraban ante él, y gritando decían: Tú eres el Hijo de Dios. Un espíritu que atormentaba á un hombre, cuando le trajéron á la presencia de Jesus, tembló, y cayendo, le adoró y dijo: ¿Qué tengo yo que hacer contigo, Jesus, Hijo del Dios Altísimo? Marcos III. 42. V. 7.

Conocida pues la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo por el testimonio del Cielo, del mismo Jesus, de sus discípulos, y hasta de los demonios, veamos la naturaleza de la doctrina que este divino Maestro enseñó á sus discípulos, durante los tres años de su predicacion. Aquel admirable sermón que hizo Jesus en el monte, y que San Mateo refiere con tanta precision, es un resumen del sistema de la doctrina del Salvador, hasta entónces desconocida á los hombres. Cada uno de estos importantes puntos de la religion cristiana fué inculcado por su divino Autor, segun lo exigian las circunstancias del tiempo y de los oyentes, en la carrera de su gloriosa predicacion. Los preceptos mas generales dados por la boca del Señor, y los que sus Apóstoles diéron despues, fundados en la doctrina que habian embebido en la escuela de su Maestro celestial, van reducidos aquí en una sencilla clasificacion, y en las mismas palabras de los santos Apóstoles y Evangelistas. Bajo tres consideraciones se pueden distinguir los deberes de un hombre cristiano: I^o con respecto á Dios, II^o con respecto al prójimo,

III^a con respecto á sí mismo. El objeto de esta division es la claridad, y que esta sirva de medio para la edificacion y provecho espiritual de los fieles.

Amar á Dios sobre todas las cosas; no tomar su santo Nombre en vano; santificar sus fiestas; adorar su divina Providencia; someternos á su soberana voluntad; darle gracias por los beneficios que nos dispensa; no desear al prójimo lo que no queremos para nosotros mismos; y otros mandamientos semejantes de la Ley natural y escrita, siendo obligaciones conaturales al hombre desde su creacion, están supuestos en la Ley de gracia. Aquí solo se mencionan aquellos pasages de los santos Evangelios y epístolas de los Apóstoles, que mencionan las obligaciones de un Cristiano con mas particularidad.

CAPITULO SEGUNDO.

OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO RESPECTO A DIOS.

Amor.

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, de todo tu entendimiento, y de todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primer mandamiento. Mat. XXII. 37.

La gracia de Dios sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo con toda pureza. Pero si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea es-

comulgado, y perpetuamente execrable. 1. Cor. XVI. 22.

El amor á Dios no debe tener nada de temor, porque quanto mas perfecto es el amor, tanto mas léjos debe estar del temor; y así el que teme no tiene perfecto amor. Amemos pues nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. 1. Juan IV. 18.

No amad al mundo, ni á las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no será amado del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne, concupiscencia de ojos, y soberbia de vida; la cual no es del Padre, sino del mundo. Y el mundo se pasa, y su concupiscencia con él; pero el que ama á Dios y hace su voluntad permanece para siempre. Todo el que ama al mundo aborrece á Dios, porque la amistad de este mundo es enemiga de Dios; y el que quisiere ser amigo de este siglo se constituye enemigo de Dios. 1. Juan II. 15, etc.

Pensad en las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios, y no en las cosas de la tierra. De este modo atesoraréis para vosotros riquezas en el Cielo, en donde no las consume el orin ni la polilla, ni pueden ser robadas por los ladrones. Porque donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon. Mat. VI. 20.

El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí no es digno de mí, y el que ama á su hijo ó á su hija mas que á mí no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que no vivie-

re por mí, morirá; y el que muriere por mí, vivirá. Mat. X. 37.

Si un hombre ama á Jesucristo, guardará su Ley : el que no guarda sus palabras no le ama ; porque en esto consiste el amor á Dios, en que guardemos sus mandamientos. Juan XIV. 23.

El Señor dirige nuestros corazones en el amor de Dios. La gracia sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo con toda pureza. San Pablo, Ef. VI. 24.

Fe.

Este es el mandamiento de Dios, que creamos en el nombre de su hijo Jesucristo, para ser salvos : pues segun es nuestra fe, así será nuestro premio. 1. Juan III. 23.

Todo espíritu que confiesa que Jesus vino en carne es de Dios; y todo espíritu que lo niega no es de Dios. IV. 3.

Señor, creemos, aumenta nuestra fe, para que seamos del número de los que tienen fe para la salvacion de sus almas. Marcos IX. 23.

Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos. Y el que me negare delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos. Mat. X. 32.

Todo el que se afrentare de mí y de mis palabras en esta generacion adúltera, el Hijo del hombre tam-

bien se afrentará de él, cuando viniere en la gloria de su Padre acompañado de los santos Angeles. Marc. VIII. 38.

Si no viéreis milagros y prodigios, no creéis. Bienaventurados los que no viéron y creyéron. Juan XX. 29.

Tened fe en Dios; porque sin fe es imposible agradar á Dios. Es necesario pues, para llegarse á Dios, creer que hay Dios, y que es remunerador de los que le buscan. Heb. II. 6.

La fe es la sustencia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no se ven. Por la fe fuéron probados y justificados Abel, Enoc, Noé, Abraham, Jacob, Moises y todos los santos varones que esperáron en Dios. Porque andamos con la fe y no con la luz, cuando buscamos las cosas que no se ven. Las cosas que se ven son temporales, pero las cosas que no se ven eternas. Heb. XI.

Tú crees que Dios es uno, haces bien : tambien los demonios lo creen y tiemblan. Pero debes saber, hombre vano, que la fe sin obras es una fe muerta. Sant. II. 19.

La fe entra por el oido, y el oido la siente por la palabra de Dios; pero no aprovecha el oír la palabra de Dios, si no va acompañada de la fe en las cosas que se oyen. Heb. IV. 2.

Creed en el Señor vuestro Dios, y os defenderá; creed en sus Profetas, y prosperaréis; creed en el Señor Jesucristo, y seréis salvos con toda vuestra familia.

Porque segun es vuestra fe, así os será hecho. Mat. IX. 29.

El hombre es justificado por la fe en Cristo; por una fe que engendra caridad; por una fe acompañada con obras; y solo se salvarán aquellos que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesus. Rev. XIV. 12.

La justicia de Dios es por la fe en Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él; y solo será hallado justo y justificado aquel que tiene la fe de Jesucristo. Abrahan creyó á Dios, y le fué imputado á justicia; así fué justificado por las obras de su fe. Porque no vaciló, ni tuvo la menor desconfianza en la promesa de Dios, ántes se fortificó en la fe, dando gloria á Dios; teniendo por muy cierto, que Dios es poderoso para cumplir todo cuanto habia prometido. Así tambien nosotros serémos justificados, si creemós en aquel que resucitó de entre los muertos, á Jesucristo nuestro Señor. Rom. III. y IV.

Juntad á vuestra fe, virtud; porque si miéntras buscamos ser justificados en Cristo, somos hallados pecadores, la fe no podrá salvarnos. Sant. II. 14.

Resignacion.

Someteos á Dios, diciendo en todas ocasiones: Hágase la voluntad del Señor. El Señor lo dió, el Señor lo quitó: Bendito sea el nombre del Señor. Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿porqué no recibiremos los males? Vosotros oísteis el sufrimiento de Job, y visteis el fin del Señor, cuan misericordio-

so y piadoso es. Los que sufrieron son tenidos por bienaventurados. Bienaventurado es el varon que sufre tentacion: porque despues que fuere probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que aman. Sant. I. 12.

Si padeceis alguna cosa por la virtud y justicia, seréis bienaventurados; y si sois vituperados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados: así pues, el que paderiere como Cristiano, no se avergüence; ántes dé loor á Dios en este nombre. Porque este es el mérito; sufrir molestias por respeto á Dios, padeciendo injustamente. Porque ¿qué gloria es, si pecando, sufris el castigo de vuestro pecado? Mas si haciendo bien sufris con paciencia, esta es gracia delante de Dios. 1. San Pedro.

No temas ninguna cosa que padezcas: sé fiel hasta la muerte, y Jesucristo te dará la corona de la vida. Porque si sufriéremos, reinaremos tambien con él. Rev. II. 10.

Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas: y debeis gloriaros en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion obra paciencia, y la paciencia es prueba, y la prueba da esperanza. Rom. V. 3.

Mostrad vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que sufris, en prueba del justo juicio de Dios, para que seais tenidos por dignos en el reino de Dios, por el cual asimismo padeceis. Puesto que justo es delante de Dios, que él dé en paga afliccion á los que os afligen, y á vosotros que sois atribulados, descanso en compañía de los es-

cogidos, cuando apareciere el Señor Jesus del Cielo con los Angeles de su gloria. 2. Tes. I.

Sacramentos.

Jesus mandó á sus discípulos bautizar todas las naciones, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Porque no puede ver el reino del Cielo, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo. Juan III. 3.

Arrepentios, y cada uno de vosotros sea bautizado, para remision de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Hechos II. 38.

Cuando los Cristianos eran bautizados, los Apóstoles hacian oracion por ellos, para que recibiesen el Espíritu Santo: y poniendo las manos sobre ellos, el Espíritu de Dios descendia del Cielo, reposaba sobre ellos, y quedaban confirmados en la fe que habian recibido. Hechos VIII. 15.

Ningun hombre puede decir que Jesus es el Señor, sino por el Espíritu Santo; esto es, por el Bautismo y Confirmacion: por cuyo medio quedamos sellados para el dia de la redencion. 1. Cor. VI. 11.

Confesad vuestros pecados uno á otro. Limpiad las manos, pecadores; y los que sois de ánimo doble, purificad los corazones. Reconoce tu maldad, porque has prevaricado contra el Señor tu Dios; confiesa tus pecados, y no ocultes tu iniquidad; porque el que oculta sus maldades perecerá; mas quien las confesare y las abandonare, alcanzará misericordia. Santiago.

Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros. Si confesáremos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si dijéremos que no hemos pecado, le hacemos á él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. Por tanto, humillémonos delante de Dios, y demos gloria al Señor confesándole nuestros pecados. 1. Juan I.

Jesucristo mandó á sus discípulos tomar su cuerpo y sangre en memoria suya. El cáliz de bendicion, ¿no es la comunion de la sangre de Cristo? y el pan que participamos, ¿no es la participacion del cuerpo del Señor? porque un pan, un cuerpo somos muchos, todos aquellos que participamos de un mismo pan. Pero el que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto pruébese el hombre á sí mismo, y así coma de aquel pan, y beba del cáliz: porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor. 1. Cor. XI.

Jesus dijo á los Judíos: Yo soy el pan vivo que descendí del Cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo. El que no comiere la carne del Hijo del hombre, ni bebiere su sangre, no tendrá vida en sí: pero el que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia; porque mi carne verdaderamente es comida, y

mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí. Juan. VI.

Cuando alguno de vosotros se enfermase, dijo el Apóstol Santiago, llame á los presbíteros de la Iglesia, para que oren sobre él, ungiéndole con oleo en el nombre del Señor: y la oracion de la fe salvará al enfermo, y le aliviará el Señor; y si estuviere en pecados, le serán perdonados. Sant. V. 14.

Oraciones.

Cuando oreis al Padre, no seréis como los hipócritas, que oran en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. Mas cuando tu orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando oráreis, no habéis mucho como hacen los Gentiles; pues piensan que por mucho hablar serán oídos. Así pues, no os asemejéis á ellos; porque vuestro Padre sabelo que habéis menester, ántes que se lo pidais. Vosotros habéis de orar así: Padre nuestro, etc. Mat. VI. 5.

Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, dijo Jesus, yo lo haré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo. Y esta es la confianza que tenemos en él: que nos oye en todo lo que le pedimos, siendo conforme á su voluntad. Por tanto, pedid y se os dará: buscad y hallaréis: llamad y se os abrirá. Y todas las cosas

que pidiéreis en la oracion, creyendo las tendréis. Mat. VII. 7.

Frecuentemos la casa del Señor, y él nos enseñará sus caminos; entremos en la casa del Señor con alegría y devocion; juntemonos para santificar las fiestas; demos gracias al Señor en grande congregacion; alabemos al Señor entre mucho pueblo. La casa del Señor es casa de oracion para todos, y no debe hacerse casa de tráfico. Donde dos ó tres se juntan en mi nombre, dice Jesucristo, allí estoy yo en medio de ellos. Mat. XVIII. 20.

Cuando Jesucristo subió á los cielos, los Apóstoles se juntaban en la Iglesia, para enseñar al pueblo: y todos los creyentes asistian al templo, para escuchar todas las cosas que el Señor habia mandado: y así perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, en las oraciones, y en la comunicacion del cuerpo y sangre de Jesucristo. *Hechos de los Apóstoles.*

Cuando el pueblo se congregue en la iglesia, todo se ha de hacer con decencia y con orden, para que todo contribuya á la edificacion: porque Dios no es autor de confusion, sino de paz en todas las iglesias de los Santos. 1. Cor. XIV.

No desprecies la iglesia de Dios ni sus ceremonias; no contamines las cosas sagradas, ni profanes la casa del Señor. 1. Cor. XI.

Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el Santuario por la sangre de Cristo, lleguémonos á él con verdadero corazon, con fe cumplida, purificados los corazones de conciencia mala, y lavados

los cuerpos con agua limpia. Y considerémonos los unos á los otros, para estimularnos á caridad y á buenas obras; no abandonando la congregacion de los fieles, como es costumbre de algunos. Heb. X.

El que rezare en una lengua que no entiende, debe pedir la gracia de entenderla: porque el que ora en una lengua desconocida, ora su espíritu, mas su mente queda sin fruto. Aunque se den bien las gracias á Dios, no sirve de edificacion al que no lo entiende. 1. Cor. XIV.

Se han de hacer *en las iglesias* peticiones, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres: especialmente por los Reyes, y todos los que están en autoridad, para que tengamos una vida quieta y tranquila en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador. 1. Tim. II.

Debemos dar siempre gracias á Dios Padre en todo, orando sin cesar; porque esta es la voluntad de Dios en Jesucristo para los que sirven. Velando y orando se resisten las tentaciones. 1. Tes. 18.

En todo dad gracias á Dios, porque esta es la voluntad de Jesucristo para con todos. Ofrezcamos pues á Dios sin cesar sacrificio de alabanza, que es el fruto de los labios que confiesan su nombre. Heb. XIII. 15.

La vianda no os hace agradables á Dios; porque ni seremos mejores comiéndola, ni seremos peores no comiéndola. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Por tanto, cuando comamos, cuando bebamos, ó hagamos cualquiera otra cosa, hagámoslo todo dando gracias á Dios. 1. Cor. VIII.

Gracias sean dadas á Dios por su don inefable, pues todo es para nosotros: para que la gracia, que abunda por el nacimiento de gracias de muchos, redunde en gloria de Dios. 2. Cor. IV. 15.

Ninguno vive ni muere para sí: porque si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos. Y así, que vivamos, que muramos, del Señor somos. Glorifiquemos pues á Dios, ofreciéndole nuestros corazones en hostia viva, santa y agradable, que es el culto racional que debemos darle. 1. Cor. VI. 20

CAPITULO TERCERO.

OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO RESPECTO A SU PROJIMO.

Amor.

Este es mi mandamiento, dice Jesucristo, que os améis los unos á los otros, como yo os amé. Y en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros. Juan XV. 12.

Lo que quereis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos. Si amais á los que os aman, si hiciéreis bien á los que os hacen bien, si prestais á aquellos de quien esperais recibir, ¿qué